



**NATALIA MENÉNDEZ, pròleg a *Las falsas confidencias*,
Cátedra, 2005.**

Otro de los temas que más preocupan a Marivaux es la educación; cree que el comportamiento de padres a hijos y de hijos a padres debe cambiar. Rechaza por completo la autoridad que sustenta a base de malos tratos; y en repetidas ocasiones, aprovechará la oportunidad que le brindan sus periódicos para escribir sobre ello. Éste es un buen ejemplo:

¿Queréis hacer honestas personas a vuestros hijos?
No seáis otro que su padre y no su juez o su tirano.
¿Y qué es ser su padre? Es persuadirles de que les queréis. Esta persuasión comienza por ganaros el corazón: queremos siempre a aquellos de los que estamos seguros de ser queridos; y cuando vuestros hijos os quieran; cuando miren la autoridad que conserváis sobre ellos, no como un derecho odioso que las leyes os dan, y del cual sois sobradamente celosos, sino como el efecto de la ternura inquieta, que quiere su bien, que parece rogarles lo que se les ordena hacer, que quiere más obtener que vencer,

que sufre en forzarles, lejos de tomar un placer pícaro, como pasa a menudo; entonces seréis el padre de vuestros hijos; os temerán, no como a un duro maestro, sino como un amigo respetable, por su amor y por el interés que él se toma por ellos. Ya no será vuestra autoridad con lo que temerán chocar, será vuestro corazón lo que no querrán afligir; y veréis con qué facilidad la razón pasará por sus almas, a favor de ese sentimiento tierno que les habréis inspirado para con vos. Perdón, querido, por todas mis reflexiones; tuve un padre que me enseñó a reflexionar; y que no preveía que un día tuviese que hacer un periódico y lo echase a perder por aquí.¹

Sigue ahondando en la relación de padres e hijos, en este caso hace una reflexión de un padre a un hijo sobre la doble moral, el comportamiento social más común:

(...) Pero cuando se está rodeado de honores, revestido de dignidades, de grandes empleos, ¡oh!
Entonces, hijo mío, las cosas toman una cara nueva; esto lanza un fardo sobre la miseria de la que acabo de hablarte, corrigiendo y embelleciendo hasta las

¹Marivaux, extracto del artículo «La educación de los hijos».

deformidades; para esto hay que ser malo, y brillaréis; haced daño a vuestros rivales, encontrad el secreto que les agobie, sólo será un glorioso triunfo de vuestra habilidad sobre la suya; sed todo fraude e impostura, sólo será política, y manejo admirable; estaréis elevado, y por este motivo, los hombres que son vanos y a los que les gustaría estar donde estáis os mirarán con tantos miramientos, que creerán merecer estar en vuestro lugar; respetando vuestros honores, es el objeto de los deseos que acarician; su vanidad, a falta de algo mejor, tomará el placer de considerar vuestra importancia, la de los asuntos que manejáis, las relaciones que tenéis, y la extensión del espíritu que necesitáis, y la belleza del misterio o de las estratagemas que os son necesarias en vuestras acciones, las que sean; sean indignas, no importa, incluso a veces ganan con serlo, y hacen parecer los golpes más grandes, se tiene la opinión de que parten de una grave necesidad política, y esto les da un aire de majestad; el éxito que tienen, el fracaso que resulta, la ruina que aportan a éste o a aquél, las convierten en hechos ilustres, en aventuras notables que estamos encantados de saber y que nos sentimos

muy gloriosos de contar. Lo que te digo hasta aquí no es suficiente todavía, ya que no sólo las acciones de esta naturaleza se salvan del desprecio que merecerían, sino que parece que se las exigimos al que ocupa este lugar, y si se mantiene huidizo, no se le estima mucho, es un hombre de poco valor, que no da espectáculo ninguno, y que languidece en su carrera.

La obra de su último período comprende, además de algunas comedias, muchos ensayos, algunos para ser leídos en la Académie Française, de la que es miembro desde 1743. En sus *Reflexiones sobre el espíritu humano*, que escribe para hablar de Racine y de Corneille, aprovecha para desarrollar su «ciencia sobre el corazón humano» exponiendo con claridad que esa ciencia se aprende a través de los libros, y no sólo eso, sino que aporta que la experiencia es fundamental para esa enseñanza, ésa sería la otra forma que complementaría el aprendizaje. Esa experiencia la sitúa en la humanidad entera, como una escuela siempre abierta, donde los hombres se estudian los unos a los otros, donde todo hombre es a la vez alumno y maestro.

Observar a los hombres, es decir en primer lugar observarse a sí mismo, es lo que un siglo y medio antes había hecho Montaigne en sus ensayos, instruyéndonos así en fascinantes descubrimientos. Marivaux sobrepasa la exploración del yo, su reflexión nos lleva al hombre no como individuo aislado pero sí como elemento de una sociedad. En él, no hay «yo y los otros» sino la constatación realista de que «nos necesitamos los unos a los otros» y que cada uno en particular es responsable del buen funcionamiento de esta sociedad.²

Un ejemplo claro es el ensayo sobre «La educación de un príncipe», escrito por Marivaux cuando tenía sesenta y seis años, coincidiendo con el nacimiento de Luis XVI, publicado en *Le Mercure de France*. Utiliza, como casi siempre, la fórmula de parecer no ser él quien lo escribe porque posiblemente ésa fuese la manera de no permitir pleitos, y, a su vez, retoma las formas de los filósofos clásicos, para acceder a un mayor número de personas, un estilo más directo a través de una escritura en primera persona; en

² Gerda Scheffel (ed.), *L'art de lire dans l'esprit des gens*, París, Éditions Jacqueline Chambon.

este caso son unos papeles encontrados por el heredero de un castillo.

Marivaux no cree que el hombre sea bueno por naturaleza ni que la sociedad sea quien le corrompe, en contra del discurso de Rousseau, que sostiene que el hombre es naturalmente bueno, pero la sociedad lo ha corrompido. Piensa que la sociedad funcionaría si cada uno aprendiese a dominarse y a desarrollarse en cualidades morales a través de la razón. Pero lo más interesante de este ensayo es el momento en el que se pronuncia con rotundidad sobre la igualdad de nacimiento, exigiendo que esta igualdad sobrepase la conversación y se convierta en hecho, algo improbable aún hoy; recordemos que «libertad e igualdad» fueron palabras claves en el Siglo de las Luces, y cada filósofo las interpretó a su manera, de hecho un coetáneo suyo, Voltaire, no creía en la igualdad y le parecía beneficiosa la jerarquía social, en cambio Rousseau hace una apología vibrante de la personalidad y las libertades humanas y defiende en ellas un retorno a la Naturaleza; a todos ellos hace referencia Marivaux.

(...) Que no sólo las jóvenes personas no saben que todo es igual desde este punto de vista, pero es que

hay personas muy serias y muy sensatas que lo olvidan: digo lo olvidan, porque es imposible que lo ignoren; y si les habláis de esta igualdad, no la negaran, pero la saben sólo para discurrir, y no para creerla; es para ellos un rasgo de erudición, una moral de conversación, y no una verdad de uso.

En este ensayo se pregunta sobre cuáles son las ventajas que se creen los que tienen sangre noble, concluye sin encontrarlas, es más, apunta ciertos inconvenientes, en cualquier caso, no piensa que eso contribuya a tener el alma más bella y razonable.